

Lo que ayudará también para que no demos crédito á nuestros juicios es la experiencia que tenemos de nosotros mismos. ¿Cuántas cosas creímos y tuvimos por muy averiguadas, y las afirmamos por ciertas, en las cuales manifiestamente fuimos engañados, y mudamos de parecer, y nos avergonzamos después de haber creído lo que creímos, y juzgado lo que juzgamos? Si un hombre os hubiera engañado dos ó tres veces, no os fiaríais más de él: pues ¿por qué os fiáis de vuestro propio juicio, habiéndoos engañado tantas veces? Y así está experiencia que tiene uno de su ignorancia, y de haberse engañado otras veces, suele ser causa que en las cosas en que los más mozos fácilmente se determinan, los más antiguos procedan con más recato y consideración, como gente madura, prudente y experimentada.

CAPÍTULO X.

Decláranse tres razones que da el apóstol san Pablo para obedecer.

Obedite præpositis vestris; et subjacete eis: ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri, ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes; hoc enim non expedit vobis. Ad Hebr. XIII, v. 17. Tres razones nos da el apóstol san Pablo en

estas palabras para exhortarnos á obedecer á nuestros superiores, que pues son razones del Espíritu Santo, y dichas por boca del Apóstol, no pueden dejar de ser muy buenas y provechosas: la primera es obedecer á vuestros superiores, y hacer todo lo que os mandaren; siempre se entiende donde no hubiere pecado, como queda declarado, y en ese fundamento vamos siempre en todo lo que dijéremos. Pues sujetaos á ellos; porque ellos velan, como quien ha de dar cuenta á Dios de vuestras ánimas. Uno de los mayores descansos y consuelos que tenemos los que estamos en Religión, es esta, que estamos seguros que haciendo la obediencia vamos acertados. El superior es el que podrá errar en mandar esto ó aquello; mas ahora vos cierto estais que en hacer eso que os mandan no errais; porque á vos solamente os pedirá Dios cuenta si hicisteis lo que os mandaron, y con eso daréis vuestro descargo muy suficientemente delante de Dios. No teneis que dar cuenta si fué bien aquello, ó si fuera otra cosa mejor; porque eso no pertenece á vos, ni se pondrá á vuestra cuenta, sino á cuenta del superior. En haciendo la cosa por obediencia, quita Dios eso de vuestro libro, y lo pone en el libro del superior; y así dice san Jerónimo: *O summa libertas, qua*

obtena via possit homo peccare! In reg. Mon., cap. 5. ¡Oh libertad y seguridad grande de la obediencia, con la cual apenas puede uno pecar! En cierta manera, dice, nos hace impecables la obediencia.

Especialmente para los que nos ocupamos en ministerios con prójimos es gran consuelo estar uno satisfecho que hace en ello la voluntad de Dios. Si estuviéramos allá en el mundo, por buenos que fuéramos, y por deseos que tuviéramos de agradar á Dios, siempre estuviéramos ardiendo entre estos dos fuegos: ¿Si se servirá Dios más de que atiende á los prójimos ó á mí solo? Pero acá en la Religión ya estamos libres de esas dificultades; porque nuestro instituto es ocuparnos en ayudar á los prójimos, y para eso nos llamó Dios á la Compañía, y él nos pone en eso: y así estamos ciertos que agradamos á su Majestad en ello. No se atreviera el otro á confesar allá fuera, y si lo hiciera, anduviera con temor si agradaba á Dios en ello, ó no, ó si se habia de perder por allí, ó no; y ahora confiesa con seguridad, y está cierto que sirve á Dios en ello. No os pusisteis vos en ser confesor, ni en ser predicador, ni en ser superior, si sois para ello ó no; los superiores, que os pusieron, darán cuenta á Dios de eso: *Ipsi enim pervigilant, quasi rationem pro animabus vestris reddituri.*

Concuerta muy bien con esto san Juan Climaco, grad. 4, que tratando de la obediencia, entre otros epítetos que le da, dice: Que la obediencia es excusa delante de Dios. Si me preguntaren: ¿Por qué hiciste esto? Señor, porque me lo mandaron: con esto responderé á Dios, y quedaré bien excusado delante de él. Es, dice, navegacion segura, camino que durmiendo se pasa. Así como el que va en el navío sentado y durmiendo va caminando, y no tiene que tener cuidado de su camino, porque el piloto lo tiene; así el religioso, que vive debajo de la obediencia, echándose á dormir, esto es, sin trabajo ni cuidado de lo que ha de hacer, va caminando al cielo y á la perfeccion, porque velan por él los superiores, que son los pilotos y maestros de este navío. No es poco, sino mucho, pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajenos. Pues esta es la merced que ha hecho Dios al religioso que vive debajo de obediencia, que toda la carga echa á costas del superior, y él se va descansando y sin cuidado de si sería mejor esto ó lo otro.

Esta es una de las cosas que mueve mucho á vivir debajo de obediencia y entrar en Religión á gente virtuosa, librarse de infinitas perplejidades y congojas que tienen allá en el mundo, y acertar á servir y agrar-

dar á Dios, porque aunque las cosas en que allá quieren ocuparse sean buenas, no saben si es dado á ellos entender en ellas, porque no es de todos hacer todo lo que es bueno, especialmente cuando excede á nuestras fuerzas, como es la obra de enseñar ó tener cargo de otros: y así dice un doctor grave que mas querría él coger pajas del suelo por obediencia, que entender en otras obras grandes por su voluntad; porque en aquello que hace por obediencia está cierto y seguro que hace la voluntad de Dios, y en esotro no: y no solo en los ministerios y ocupaciones con nuestros prójimos nos asegura la obediencia, y nos libra de muchas dudas y dificultades, sino tambien en las cosas particulares de nuestro propio aprovechamiento espiritual; porque si estuviera yo allá en el mundo, y deseara servir á Dios, tuviera pena, y estuviera en duda, si como mucho, ó si como poco, si duermo mucho, ó si duermo poco, si hago poca ó mucha penitencia, si tengo poca ó mucha oracion; y acá en la Religion todas esas dudas están allanadas, porque como lo que me dan, duermo el tiempo señalado, hago la penitencia que me tienen tasada. Todas esas cosas están acá tan miradas y pesadas de los superiores, que estoy muy seguro y cierto que, siguiendo el orden

de la obediencia, hago la voluntad de Dios; y no solamente en lo espiritual, sino tambien en lo temporal: es esta una vida muy quieta y descansada; porque al fin como quien va en una nave bien abastecida, así el religioso no tiene necesidad de procurar las cosas necesarias: de manera que no solo vela el superior sobre nuestras almas, sino tambien sobre nuestros cuerpos; que no teneis que tener cuidado de lo que habeis de comer, ni de lo que habeis de vestir, para que así esteis mas libre y desembarazado para emplearos todo en servicio de Dios; lo cual es de tanta codicia y estima, que refiere Casiano, col. 9, c. 13, del abad Juan, que habiendo estado primero treinta años en el monasterio en congregacion, le pareció dejar el monasterio, y escoger vida solitaria, para darse mas á la contemplacion: hizolo así (que lo podian entonces hacer), y estuvo en esta vida eremítica y solitaria otros veinte años, con tantos regalos de Dios, y con tan alta y continua contemplacion, que se olvidaba de su cuerpo, y sus sentidos no hacian su oficio, y á la tarde no se acordaba si habia comido hoy ó ayer; y con estar en tan alto grado de contemplacion, é irle tan bien en esta vida solitaria, acordó de dejar este estado de soledad, y tornarse otra vez al monasterio á vivir en

congregacion, y debajo de obediencia, y así lo hizo: y la razon que le movió fue, porque aunque en el monasterio no haya tanto de estas elevaciones y contemplaciones como en la soledad, empero esto, dice, se suple en el monasterio: *Quia non est sollicitus in crastinum*, Matth. vi, v. 34, con aquel descanso y descuido santo de que goza un religioso, libre de toda solicitud y cuidado de lo que ha menester para otro dia. Pero mucho mas se recompensa todo eso (1) con lo que vamos diciendo, que es estar uno seguro que agrada á Dios en lo que hace, y que no puede hacer por entonces cosa mas agradable á su divina Majestad.

Hanos dado Dios á los que estamos en Religion, y vivimos debajo de obediencia, otro Moisés, como á los hijos de Israel, que suba al monte, y nos declare la voluntad de Dios; y así podemos decir lo que decian los hijos de Israel cuando tenian alguna duda ó dificultad: *Eamus ad videntem*. I Regum, ix, v. 9. Vamos á consultar y preguntar al que ve. Al Profeta llamaban *videntem*; porque él veía y entendía de Dios su voluntad, y se la declaraba al pueblo. Pues ese bien tenemos nosotros, que en todas nuestras dudas y dificultades podemos decir: Vamos al que

ve, vamos al que nos dió Dios por profeta, y nos lo puso en su lugar, para declararnos por él su voluntad; y así gozamos de aquella bendicion ó bienaventuranza que dice el profeta Baruc, iv, v. 4, en persona del pueblo de Dios: *Beati sumus Israel; quia quæ Deo placent, manifesta sunt nobis*: Dichosos y bienaventurados los religiosos que entienden y saben cuál es la voluntad de Dios, y qué es lo que quiere de ellos, y con qué agrada-rán y contentarán mas á su divina Majestad.

La segunda razon del apóstol san Pablo es: *Ut cum gaudio hoc faciant, et non gementes*: Obedeced á vuestros superiores para que ellos lleven con alegría y gozo la carga del oficio que tienen, y no vayan gimiendo con ella. Compadecióse el Apóstol de los superiores, y túvoles lástima, viendo la carga que llevan sobre sí; y así nos encomienda, que seamos fáciles en la obediencia, para que les hagamos mas liviana esta carga. Pues que el superior tiene harto trabajo, y lleva gran peso sobre sus hombros, en haber de dar cuenta á Dios de lo que él hace, y de lo que vos haceis, no le añadais esa sobrecarga tan grande, mostrando dificultad en obedecer y en dejaros gobernar. Es grande trabajo para el superior que esté el súbdito tan inmortificado, que no pueda hacer de él

(1) Gerson, p. 1, alph. 19, litt. P.

lo que querría, ni se atreva á mandar lo que le parece que conviene, sino que haya de andar con cuidado y con temor, si lo tomará bien, si replicará y pondrá luego inconvenientes para lo que no le da gusto, y como se lo dirá de manera que lo tome bien y guste de hacerlo. Es gran pena mandar á semejantes, como la del mandar y mover un miembro enfermo. Teneis malo el pié ó el brazo, y habeis menester mandar ó menearle: ¡cuán grande trabajo es, cuánto dolor y pesadumbre os cuesta! ¿Qué es la causa de tanto dolor y molestia? Está enfermo, y por eso no se manda bien, sino con mucha dificultad. Es tanto el dolor que sentís en el pié cuando le meneais, que no os atreveis á ir de aquí allí, aunque sea de mucha importancia, y dejais perder los negocios por no pasar tanto dolor; y es tan grande el dolor que recibís de menear el brazo enfermo, que aun no os atreveis á llegar la mano á la boca para comer. Cada uno de nosotros es miembro de la Religion, porque toda ella es un cuerpo, como dice san Pablo de la Iglesia, I ad Cor. XII, v. 12: pues si sois miembro enfermo é inmortificado, daréis grande trabajo á la Religion y al superior al tiempo de menearos y mandaros. Pasa tanto dolor el superior cuando ve que el súbdito hace las cosas con dificultad

y de mala gana, que aunque haya necesidad de hacer la cosa, y aunque se dejen de hacer los negocios y los ministerios, muchas veces no se atreve á mandarle, por el gran dolor que siente en mandar el brazo ó pié enfermo.

Esto es muy bueno para los que piensan que es cosa dulce y sabrosa el ser superior, y el tener súbditos é hijos espirituales á quienes mandar. De Rebeca dice la sagrada Escritura que habia deseado mucho tener hijos, y dióselos Dios; pero cuando sintió los dolores del parto, y que allá dentro en su vientre estaban peleando los dos niños, Jacob y Esaú, sobre cuál habia de salir primero, arrepintióse, y dijo: *Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere?* Genes. xxv, v. 22. Si el negocio de tener hijos habia de ser de esta manera, con tanto dolor y trabajo, mas valiera no tenerlos. Así les acontece á los superiores cuando ven que el uno hace las cosas de mala gana, y que el otro replica, y otro se queja, y el otro murmura; entonces siente el superior los dolores, y gime con la carga, y dice: ¡Oh quién se estuviera en un rincón, y no tuviera cuenta sino con hacer lo que le mandasen! ¿Esto es tener hijos? ¿Esto es ser superior y tener súbditos? Si de esta manera habia de ser el negocio de tener súbditos, mas valiera no tenerlos.

No sabe cuánto dolor sea este, sino el que lo ha experimentado. Suelen decir comunmente que para ser uno buen superior, y saber bien cómo ha de mandar, es menester que haya sido primero buen súbdito, y haya sabido por experiencia qué cosa es obedecer, para que se pueda decir de él con verdad aquello que dice el apóstol san Pablo del mismo Cristo: *Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris; tentatum autem per omnia.* Ad Hebr. c. IV, v. 15. No tenemos prelado que no sepa compadecerse de nuestros trabajos y flaquezas, pues ha pasado por ellas, y las ha experimentado él. Razon hay por cierto de decir eso; pero yo digo otra cosa, en la cual creo juzgarán todos tengo bastante razon; y es, que así como para ser uno buen superior y saber cómo ha de mandar, ayuda mucho el haber sido buen súbdito, y el haber sabido por experiencia qué cosa es obedecer, así tambien para ser uno buen súbdito y buen obediente, ayuda mucho haber tenido oficio de superior y de mandar, porque habrá experimentado la dificultad y dolor grande que es mandar, cuando no se menean ni obedecen bien los súbditos, y no querrá dar ese dolor al superior; y no es menester para esto haber sido superior, basta haber tenido cuidado de mandar á algun compañero.

¿Cuántas veces le habeis dejado de mandar, por no os atrever, y cuántas veces sentís mas el mandar al otro la cosa, que si vos solo la hiciérais? Pues ahí verá cada uno el dolor que siente el superior, y el trabajo que pasa cuando el súbdito muestra dificultad á lo que le mandan. Estos tales hacen que el superior vaya gimiendo y reventando con la carga de su oficio, y que desee hacerlo todo, si pudiese, antes que mandarlo: y no es el mayor dolor del superior su trabajo, sino el del súbdito; porque en fin el superior es padre, y no puede dejar de sentir la enfermedad de sus hijos. Llégale al alma al superior cuando ve su imperfeccion y su poca virtud, y que habiendo de hacer con mas prontitud las cosas bajas y humildes, y en que siente mas repugnancia, para esas son todas las réplicas y excusas, y para esas se le ofrecen luego mil inconvenientes. Dice Tomás de Kempis que el religioso tibio y flojo para lo que no quiere, luego está enfermo é indispuerto: nunca le falta un achaque para no hacer lo que no le da gusto. No podemos lo que no queremos; y lo que queremos luego lo podemos, aunque sea mas trabajoso; y dijolo muy bien san Juan Crisóstomo, serm. de Zach.: *Magna vis est voluntatis, quæ nos efficit posse, quod volumus, et non posse illa, quæ nolumus.* Ese

es el mayor dolor del superior, eso es lo que llega al corazón, la enfermedad espiritual del súbdito, su imperfección y poca mortificación.

Pues obedeced á vuestros superiores, y sedles sujetos, y no les deis ese dolor, para que no vayan gimiendo y reventando con la carga: *Hoc enim non expedit vobis*: esta puede ser la tercera razon. Mirad que tampoco os conviene eso á vosotros; porque iréis tambien gimiendo y reventando con la carga, y viviréis una vida muy desconsolada, como lo experimentan bien los que andan de esta manera. Mirad que os dejarán por miembro enfermo, y se quedarán por hacer las cosas; y esto no os está bien á vos. Mirad que condescenderán con vuestra imperfección, y os dejarán hacer lo que quereis, y así haréis en las cosas vuestra voluntad y no la de Dios, que es una cosa que debemos mucho temer, como dijimos arriba.

CAPÍTULO XI.

De un medio muy principal y eficaz para alcanzar la perfección de la virtud de la obediencia, que es obedecer al superior como á Cristo nuestro Señor.

Uno de los medios mas principales y eficaces para alcanzar

la perfección de esta virtud, ó el mas principal y eficaz, es considerar á Dios en el superior, y hacer cuenta que Dios es el que nos manda, y que no obedecemos á hombres, sino al mismo Dios. Este medio nos encomienda y repite el Apóstol en muchos lugares, escribiendo á los de Éfeso, vi, v. 5: *Servi obedite dominis carnalibus cum timore, et tremore, in simplicitate cordis vestri, sicut Christo*. Manda á los súbditos que obedezcan aun á los superiores temporales y gentiles, como á Cristo nuestro Señor. Nota muy bien san Basilio, in Const. Monast. cap. 13: Si el apóstol san Pablo manda que obedezcamos á las potestades del mundo, como á Cristo, y lo que mas es, á aquellos cuya vida entonces toda era maldad; y concuerda el apóstol san Pedro: *Non tantum bonis, et modestis, sed etiam dyscolis*, I Petr. c. ii, v. 18, ¿cuánta mayor razon será que nosotros, religiosos, á superiores espirituales y religiosos, y que desean en todo hacer la voluntad de Dios, obedezcamos como á Cristo? Y torna luego á decir: *Non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed ut servi Christi facientes voluntatem Dei ex animo cum bona voluntate servientes, sicut Domino, et non hominibus*. No habemos de mirar al hombre con los ojos exteriores, sino á Dios con los interiores; que no

vivimos ya con hombres, ni venimos á la Religion á servir á solos hombres, sino á Dios; y escribiendo á los colosenses, iii, v. 23, lo torna á repetir: *Quodcumque facitis, ex animo operamini, sicut Domino, et non hominibus; scientes, quod à Domino accipietis retributionem*: Todo lo que haceis, hacedlo de buena gana, como quien sirve á Dios, y no á solos hombres, y como quien espera el galardón de Dios, y no de los hombres.

Nuestro santo Padre, fundado en esta doctrina, nos encomienda mucho este medio, y hace gran fuerza en él, y nos lo repite muchas veces en las Constituciones, 2 part. Const., cap. 1, § 23; et 6 part., cap. 32 Summ., 3 part., c. 1, § 24, reg. 38 Summarii. En una parte dice: «Es muy expediente para aprovecharse y muy necesario que se den todos á la entera obediencia, reconociendo al superior, cualquiera que sea, en lugar de Cristo nuestro Señor.» En otra parte dice: «Asimismo es muy necesario que obedezcan todos, no solo al superior de la Compañía, ó casa, pero aun á los oficiales subordinados, que de él tienen autoridad, acostumbrándose á no mirar quién es la persona á quien obedecen, sino quién es aquel por quien y á quien todos obedecen, que es Cristo nuestro Señor.» Y en la sexta parte, Const. c. 1, § 1, donde trata mas

de propósito de esta virtud de la obediencia, pone esto por fundamento: «*Versari autem debet ob oculos Deus Creator, ac Dominus noster, propter quem homini obedientia præstatur*: Si quereis alcanzar la perfección de esta virtud, es menester que procureis tener siempre delante de los ojos á Cristo nuestro Señor, por quien y á quien en el hombre obedecéis.»

La fuerza y eficacia de este medio se verá bien por aquí. Si el mismo Cristo en persona se os apareciese visiblemente, y os mandase que hiciésteis esto ó aquello, ¿con qué prontitud obedecierais! ¿con qué voluntad y alegría! ¿con qué conformidad y rendimiento de juicio! No se os levantaria el pensamiento á juzgar, ni á discernir, ni dudar si era bien ó mal; sino á ciegas, sin discurso ninguno, lo abrazarais por aquella razon, que es sobre toda razon: Dios me lo manda, Dios lo quiere, eso es lo mejor; y os tuviérais por muy dichoso en que quisiera servirse de vos; y mientras la cosa que os mandase fuese mas ardua y dificultosa, lo tendríais por mayor merced y favor. Pues ese es el medio que ahora damos, y dándole san Basilio, para que le estimásemos en lo que es razon, dice: *Nec enim ad hanc similitudinem inducendam mea sponte, sed divinis litteris inductus accessi*. In Const. Monast., c. 23. No

penseis que es esta consideracion ó devocion mia, no es sino verdad expresamente declarada en el sagrado Evangelio; porque el mismo Cristo dice: *Qui vos audit, me audit*: El que á vosotros oye, á mí oye. Á este propósito y en este sentido declaran los Santos estas palabras (1), y dicen que no las dijo Cristo solamente por los Apóstoles, sino tambien por todos los demás prelados. De aquí vino Casiano, y todos aquellos santos monjes á practicar esta doctrina, y tomar todos los mandamientos de los superiores como mandamientos de Dios; porque el mismo Cristo lo dice así, y nos manda expresamente que no miremos la persona del superior, sino á Dios en él, aunque el superior no fuese el que debía: *Super cathedram Moysi sederunt Scribae, et Pharisei. Omnia ergo quaecumque dixerint vobis servate, et facite: secundum opera vero eorum nolite facere.* Matth. xxiii, v. 2.

De manera que lo que tenemos de mirar en la obediencia es á Dios y á su voluntad; y esa que nos la declare por sí mismo, ó por medió de Ángel, ó por medio de hombre, ó por medio de Pedro ó de Juan, todo es uno: de la misma manera tenemos de tomar lo uno que

(1) Benedict. in regul. cap. 5; Bernard. lib. de dispensat. et præcep.; Cassian. l. 9 instit. cap. 10.

lo otro; porque Dios es el que lo manda, y el superior en su nombre; y así san Bernardo trae las mismas palabras de san Benito, que lo dice así, lib. 3 de Dispens. et præcept.: *Obedientia, quæ exhibetur majoribus, Deo exhibetur; ipse enim dixit: Qui vos audit, me audit. Unde quidquid vice Dei præcipit homo, quod non sit certum displicere Deo, haud aliter accipiendum est, quam si præciperet Deus: quid enim interest, utrum ipse, aut per suos ministros, sive homines, sive Angelos, hominibus innotescat suum beneplacitum?* Y allí trae tambien san Bernardo aquella autoridad y sentencia comun: *Sive Deus, sive homo, vicarius Dei, mandatum quodcumque tradiderit pari profecto obsequendum est cura, pari reverentia deferendum: ubi tamen Deo contraria non præcipit homo*: Ahora sea Dios, ahora sea hombre, vicario suyo, el que os mandare alguna cosa, con igual cuidado debe ser obedecido, con igual reverencia respetado: ó cuando empero el hombre no manda cosas contra Dios, no tenemos ya de esperar milagros ni querer que venga el mismo Dios en persona á hablarnos y á mandarnos lo que tenemos de hacer; que ya se pasó ese tiempo: cuando fue menester tambien bajó á hablarnos y enseñarnos el mismo Dios en persona: *Novissime diebus istis locutus est nobis in Filio*, dice san Pablo, ad

Hebr. ii, v. 2; y el apóstol y evangelista san Juan, i, v. 18: *Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit*: ahora quiere Dios que vivamos en fe, y que tengamos al superior en su lugar.

San Agustín, sup. Psalm. lvi, dice que esto nos quiso Dios dar á entender en aquello que hizo con Cornelio Centurion, que se cuenta en los Actos de los Apóstoles. Era este Cornelio gentil, pero temeroso de Dios, y ejercitábase en buenas obras, en limosnas y oraciones, y quiso el Señor convertirle y enseñarle la verdad de nuestra fe, y enviale un Ángel que le diga: Cornelio, tus oraciones y limosnas han sido aceptas delante de Dios; por tanto envia á llamar á Pedro, que posa en tal parte, y él te dirá lo que has de hacer para salvarte: *Hic dicet tibi, quid te oporteat facere.* Actuum, x, v. 6. Dice san Agustín: *Numquid non illum poterat docere Angelus?* ¿Por ventura no le podia enseñar el Ángel? Ya que le habia enviado Ángel, ¿por qué no le enseñó Dios por él? Responde el Santo: Envialo á Pedro, y no le quiere enseñar por sí mismo, ni tampoco por Ángeles, sino por hombres, porque quiere Dios honrar al hombre, y que le obedezcamos y nos sujetemos á él, especialmente despues que él se hizo hombre, y se sujetó y obedeció por nosotros á los hombres: *Et erat subditus illis.* Lu-

ca, ii, v. 51. Lo mismo notan los Santos en la conversion del apóstol san Pablo, que apareciéndole Cristo en persona, y preguntándole: Señor, ¿qué quereis que haga? no quiso declararle por sí mismo la voluntad, sino enviarle á un hombre que se la declare: *Ingrederere civitatem, et ibi dicetur tibi, quid te oporteat facere.* Serm. 1 de convers. S. Pauli. Entra en la ciudad, y pregunta allí por un hombre que se llama Ananías, y él te dirá lo que te conviene hacer. Dice san Bernardo: *O sapientia suaviter vere omnia disponens! Cum quo tu loqueris, erudiendum de voluntate tua mittis ad hominem, ut socialis vite commendetur utilitas.* Serm. 1 de convers. S. Pauli. ¡Oh suavidad grande de la sabiduría de Dios! Á quien, Vos, Señor, hablais por Vos mismo, ¿le enviáis á los hombres para que le enseñen vuestra divina voluntad? Sí, dice san Bernardo; porque quiere Dios autorizar al hombre, y darle esta honra, que le tengamos en su lugar, y que tomemos la voz del superior, como si fuera del mismo Dios.

Y no somos por esto de peor condicion nosotros que aquellos á quienes habló Dios por sí mismo; antes así como por creer las cosas de la fe que no vimos, merecemos mas que si las viéramos, conforme á aquello que dijo el mismo Cristo á santo Tomás: *Quia vidisti me, Thoma, credidisti: Beati, qui non viderunt, et credi-*

derunt, Joan. xx, v. 29; así en esta obediencia, con la cual obedecemos al superior, como á Dios, procediendo en ella al modo de la fe, entendiendo que todo lo que el superior ordena es ordenacion de Dios y voluntad suya; en cierto modo merecemos mas, y no es menos de agradecer, que si obedeciéramos al mismo Cristo en persona, como dicen tambien los Santos de la limosna, y lo dice el mismo Cristo: *Amen dico vobis: Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.* Matth. xxv, v. 40. De verdad os digo que lo que hicisteis á uno de mis pequeños, á mí lo hicisteis. Así pagará Dios la limosna hecha á un pobrecito, como si á él mismo se hiciera; y aun notan algunos Santos que en cierta manera hace mas el que da limosna á un pobrecito por el amor de Cristo que si la diera el mismo Cristo: como mas hace y mas muestra uno el amor que tiene á su amigo recibiendo y regalando á un criado suyo por amor de él, que si recibiera y regalara á su mismo amigo; que eso no parece tanto, porque el respeto y valor de la persona lo merece: pero que se extienda tanto el amor, que á cualquiera cosa suya, por amor de él, reciba y haga tan buen tratamiento como á él, eso es mas. Pues de esa manera es en la obediencia; y así dice san Buenaventura, tract. de gradib. virtut.,

cap. 2, alto grado de obediencia es obedecer á lo que inmediatamente manda y ordena Dios; mas en alguna manera es mas alto grado el obedecer al hombre por Dios: y algunas veces el merecimiento y el premio será mayor; porque obedeciendo al hombre por Dios, se humilla mas el corazón, y se niega mas la voluntad, y se resigna mas el hombre en Dios; como mas hace uno en obedecer á un criado del rey por amor del rey, que si obedeciese al mismo rey. Si el mismo Dios en persona os viniera á mandar, ¿qué mucho que obedeciérais con prontitud y resignacion? Pero que por amor de él obedezcais á un hombre como vos, y os sujetéis á él con resignacion entera, eso es mucho de agradecer y estimar.

CAPÍTULO XII.

Que este medio de obedecer al superior como á Cristo es necesario para alcanzar la virtud de la obediencia.

Este medio de no considerar la persona del superior como hombre, sino mirar á quien en el hombre obedecemos, que es Cristo nuestro Señor, no solamente es para obedecer mejor y con mas perfeccion, sino es absoluta y precisamente necesario

para alcanzar la virtud de la obediencia: de manera que el que no hiciera cuenta que Dios es el que le manda y quiere aquello, y por eso obedeciere, no solo no será perfecto en la obediencia; pero ni será buen obediente, sino siempre andará manco en esta virtud: lo cual mostraremos prácticamente, y á vista de ojos, como dicen, por ser punto de mucha sustancia. Si considerais la persona del superior como hombre, hombre por hombre, tambien vos sois hombre; y aunque el superior sea muy santo, muy prudente y muy docto, diréis que al fin es hombre, y que no puede saber todas las cosas, ni todas las razones que hay en cada cosa, y que se puede engañar y errar en algo. Y mas, si le mirais como hombre, tambien podeis decir que al fin como hombre puede tener sus particulares aficiones y respetos, que le muevan mas á una parte que á otra, y que aquello le hace no mirar vuestras cosas con tan buenos ojos como las del otro; y especialmente cuando las cosas que se ordenan son difíciles y repugnantes á vuestra sensualidad, el amor propio, que es el grande solicitador, inventará razones muy agudas y delicadas en vuestro favor, y mil réplicas y soluciones de lo contrario, y así nunca acabaréis de callar y quietar del todo vuestra voluntad y entendimiento; porque á razones humanas no os faltarán otras ra-

zones humanas que contraponer: pero si no considerais las persona del superior como hombre, sujeto á errores y miserias, sino que mirais á quien en el hombre obedecéis, que es Cristo nuestro Señor, sapiencia suma, bondad inmensa, caridad infinita, que sabeis que ni puede engañarse, ni quiere engañaros; entonces cesan todas las dificultades, y todas las razones y juicios, y queda uno del todo rendido; porque aquella razon: Dios lo quiere, Dios lo manda, esta es la voluntad de Dios, no tiene réplica ni solucion; y así decia el profeta David, Psalm. xxxviii, v. 10: *Obmutui, et non aperui os meum, quoniam tu fecisti*: No me quejé, Señor, en los trabajos, sino como si fuera mudo, callé y no abrí mi boca; porque sé que Vos sois el que me los enviáis. ¡Oh si anduviésemos de esta manera, con qué espíritu andaríamos, con qué prontitud y perfeccion obedeceríamos! Luego dejaríamos la letra comenzada á la voz del superior, acordándonos que es voz de Cristo, y nos parecería descomedimiento y villanía detenernos, y decir: Ya voy, luego iré. ¡Cómo conformaríamos nuestra voluntad, cómo rendiríamos nuestro juicio! Todas las dificultades se allanarian con esto.

De aquí se entenderá la solucion de una duda que hace mucho á nuestro propósito. ¿De dónde nace que ha tanto tiempo que